

¡Qué difícil es despedir a Armando! Nuestro sentimiento espontáneo es que una persona con el derroche de vitalidad, entusiasmo y simpatía que prodigaba con generosidad no se nos puede ir, y menos en la forma tan repentina en que ocurre su partida. Estuvo activo y lleno de proyectos hasta su último día, tal como fue toda su vida, dedicada a sus grandes pasiones: su familia, sus amigos y su trabajo, la Historia.

Mis primeros recuerdos de infancia están ligados estrechamente a Armando. Su casa paterna de la calle Maipú, enorme y generosa para recibir, albergaba una gran biblioteca que Armando había formado desde su juventud. Él disfrutaba mostrándome las hermosas ediciones españolas de novelas de Salgari y otros autores clásicos para jóvenes. Por cierto, no faltaba una gran colección de El Peneca, desde sus primeras ediciones. Nos instalábamos en esa biblioteca y yo podía pasar horas fascinado escuchando sus explicaciones.

Siendo Armando ya un estudiante de Derecho, lo veo en esos largos días de verano, en la Patagüilla, el pequeño campo de su padre en Curacaví, escribiendo sin cesar. Me mostraba, orgulloso, unas carillas pulcramente escritas a máquina sobre los compañeros de Almagro, que después se convertirían en su primera publicación profesional.

Ya recibido de abogado, la práctica de la profesión no llenaba sus aspiraciones intelectuales y muy pronto tomó la decisión de dedicarse a la investigación histórica, que a la larga fue la gran pasión de su trabajo. No ahorró esfuerzos para llegar hasta las últimas fuentes de información que necesitaba, porque si había algo esencial que él valoraba era la rigurosidad de la información. Viajó varias veces a España a estudiar los documentos coloniales y dentro de Chile aprovechaba sus viajes de vacaciones para escaparse a los pequeños pueblos de provincia en busca de algún archivo, partida de nacimiento, testamento o acta de defunción. Dotado de una memoria prodigiosa, fue acumulando anécdotas y episodios sabrosos con los que deleitaba a sus audiencias y, por cierto, a quienes compartían su mesa familiar.

El gran prestigio que adquirió derivado de su actividad investigativa y docente como profesor en el Instituto de Historia de la Universidad Católica, y de sus muchas publicaciones, conferencias, seminarios, asesorías y reconocimientos nacionales e internacionales, no lo hizo presumir ni vanagloriarse. Pero el Premio Nacional de Historia que le fuera otorgado en 1998 lo llenó de satisfacción y legítimo orgullo, porque era el justo reconocimiento del país a un trabajo incansable de muchos años y décadas, que se ha reflejado en sus valiosas contribuciones a la historia de Chile y de América, a la historia urbana y a su monumental obra que es la "Biografía de chilenos ilustres", de reciente publicación.

Quienes lo conocimos y fuimos sus más cercanos, tenemos que dar gracias a Dios por haberlo tenido. A sus familiares y amigos, y especialmente a su esposa, hijos e hija y nietas, a quienes adoró entrañablemente, nos quedará el recuerdo de un hombre cariñoso, alegre, con un agudo sentido del humor, siempre dispuesto a una buena conversación. Estamos seguros de que en la morada del Padre Eterno él continuará inspirándonos en el optimismo frente a la vida y en la fe inquebrantable que profesó.